

Cómo se Suicidan las Democracias

Por Jorge Rogers Sotomayor

- Innesaria concesión de una alternativa cívica.
- Un recuento de determinaciones erróneas.
- La adhesión obstinada a un esquema caduco.

En estos días han ocurrido hechos aparentemente inocuos, que tienen trascendental importancia, y otros que, estando magnificados, recordarán su valor episódico.

Por haber conocido el Gobierno una correspondencia privada, en el lamentable y vejatorio allanamiento del equipaje de una dama chilena, fueron llevados al ámbito nacional y a conocimiento de toda la opinión pública del país —dándole connotación subversiva— dos documentos de análisis político.

DESPROPORCION NOTORIA

Estos documentos, como escritos particulares, y aun circulando clandestinamente entre los militantes de un partido en receso, habrían tenido muy reducida importancia.

Como planteamiento de un debate nacional y como justificativo de la disolución de los partidos no marxistas, su contenido se transforma en una bomba detonada a nivel mundial, que replantea y enmarca de nuevo el régimen nacido el 11 de septiembre.

Hay una notoria desproporción entre el enorme impacto producido en la opinión pública y su modesto origen.

La confrontación de opiniones, que no debió salir de los estrechos límites de un partido en receso, ha tomado los caracteres de un enjuiciamiento nacional, y por el natural poder de penetración que tienen los enfoques opositores en todos los gobiernos, esos informes y análisis pueden conquistar numerosos y superficiales adherentes antes que impugnadores y críticos de fondo.

En este caso, se le ha transferido a los cuadros sobrevivientes del Partido Demócrata Cristiano un enorme capital político, muy superior a cualquier otro, concediéndole un papel de alternativa cívica de que antes carecía.

Si esta ventaja publicitaria para la reconstrucción hubiese sido concedida al Partido Radical, que alcanzó sesenta años de experiencia gubernativa, o al antiguo Partido Conservador, que llegó a enterar casi cien años de gravitación pública, habría sido de celebrarlo; el gesto no habría sido en vano.

Pero conceder esta plataforma de publicidad formidable a un partido con sólo seis años de experiencia en el Gobierno, y sólo tres en una oposición híbrida y contradictoria, lo transforma en un peligro desde que confirma a esa agrupación en todos sus errores, sin darle tiempo ni ocasión de reconocerlos, examinarlos y enmendarlos.

BASES DE UNA RECONSTRUCCION?

Nada hay tan peligroso como un conglomerado que regresara para gravitar en la opinión pública "sin haber aprendido ni olvidado nada" después de un lapso demasiado breve de exilio político.

Sin los errores colosales de la D. C., nada de lo ocurrido en el último sexenio habría tenido lugar. Sin Allende no habría existido el Gobierno castrense; Allende no habría existido sin ese "estatuto de garantías" que nada garantizaba; no habría habido "estatuto" sin pacto secreto Tomic-Allende, y no se habría celebrado pacto con el comunismo sin que Tomic —y no cualquier otro— hubiese sido el candidato destinado a dividir el frente democrático ante un marxismo unido.

Por desgracia, nada de lo destruido en la morada cívica de los chilenos deja de tener relación con la Democracia Cristiana; ahora ésta es tan inadecuado eje para la reconstrucción política como lo habrían sido los "casco de acero" para reconstruir a Alemania después del nazismo.

El receso, mal que mal, estaba dejando espacio y tiempo a la autocritica y para repensar las cosas. La disolución golpeante, al reemplazar la vida vegetativa por una enconada clandestinidad, va a confirmar a la D. C. en sus más trágicos errores como si nunca los hubiese cometido.

TRIPARTICION VS. BIPARTICION

A los viejos conocedores del drama interior demócratacristiano nos alarma muchísimo más el contenido real de los documentos entregados a la opinión pública interna y foránea, y la dificultad de abrir debate serio sobre ellos, que la proyección subversiva de que notoriamente carecen.

Desde luego el esquema estratégico (totalmente opuesto al antiguo plan de acción de la etapa "falangista") de concebir el juego político en un enfrentamiento tripartito, como en los países latinos, y no bipartito, como en las democracias sajonas, hace mirar el futuro de Chile bajo muy lúgubres presagios si en su destino vuelve a influir la Democracia Cristiana.

Si el mundo cree que la Democracia Cristiana chilena se identifica con su congénere de Alemania Federal, está equivocado el mundo.

Sólo por un accidente, y sin que mediara la expresa voluntad de sus conductores, el selecto grupo "falangista"—organizado y concebido históricamente para ser el orientador de la "extrema izquierda de la Derecha" (Joven-

tud Conservadora) en una división bipartita del país—, los demócratacristianos, en su primera crisis de crecimiento y pubertad política —ocasionada por una reforma electoral— y en el vértigo de una explosión demográfica, se sintieron capaces de constituir, por sí solos, un "frente" político, de asumir la totalidad del poder con aparente repudio a ambos extremos, pero con inclinación y preferencia creciente por la izquierda marxista. Tomaron la determinación suicida de "presentar candidato propio" a la Presidencia de la República, con esperanzas o sin ellas, pero invariablemente y con peligro de minar las bases mismas de la democracia.

La social-democracia radical, en el mismo dilema, tuvo el gesto patriótico de degollar a su propio candidato, Julio Durán, después de la experiencia de Curicó, en vísperas de 1964.

Si para un "falangista" de la primera etapa, la posición presidencial consistía en concertar su apoyo con otras fuerzas en favor del candidato doctrinariamente más próximo, aunque no fuese de sus filas (un día para don Juan A. Ríos y en otra ocasión para el doctor Cruz-Coke) a partir del "palimpsesto psicológico" y colectivo (la expresión es de Encina) que se apoderó de los demócratacristianos a partir de 1958, las campañas presidenciales con "candidato propio demócratacristiano" pasaron a ser un "dogma" fundamental del Partido. La nueva estrategia fue más fuerte que su acervo doctrinario y que el tesoro ideológico que estaban comprometidos a cautelar.

En el altar del candidato "quemaron lo que habían adorado y adoraron lo que habían quemado".

Los demócratacristianos en Chile no marcharon hacia el Poder en concierto leal con otras fuerzas, como en el inteligente modelo de la Alemania federal, sino que, como Mussolini en la marcha sobre Roma, exigieron el "todo o nada".

Las posiciones democráticas son siempre "compartidas" y "con partidos"; la posición fascista es siempre excluyente y en vez del entendimiento pluralista le acomoda más el dictado totalitario del "partido único" impuesto a los demás, a quienes sólo les cabe "pegarse o peecer".

En esto de arriesgarlo todo a una sola carta, en la más fascista y menos democrática de las actitudes políticas chilenas, los demócratacristianos lo perdieron todo y nos hicieron perder también nuestra prestigiosa democracia a todos los chilenos, no sabemos por cuántas generaciones.

Porque la intransigencia y el exclusivismo antidemocrático tuvieron un éxito ocasional en 1964 (que sólo fue posible por haber arriado sus banderas el "Frente Nacional"), creyeron los demócratacristianos zafarse con su "tercera posición" del tercer lugar en el orden de legada presidencial, a que los condena, a perpetuidad, la mecánica electoral, según lo demostraron las elecciones generales de 1958 y 1970 en que Frei y Tomic resultaron "terceros", como no podía ser de otro modo.

LAS CONSECUENCIAS DEL ESQUEMA DE TRIPARTICION

Todo el que haya estudiado la expresión electoral de la masa, en la moderna Ciencia Política, sabe que en la división tripartita del electorado la votación tiende a polarizarse: nadie obtiene nunca la mayoría absoluta, pero la primera mayoría relativa se produce siempre en un extremo, en el que opere el caudillo más vigoroso y más demagogo.

En el juego a la primera mayoría relativa

(que para algunos es "la ruleta rusa con que los partidos democráticos se suicidan"), cuando el candidato más violentamente innovador estaba en la derecha, triunfó Jorge Alessandri; cuando estaba en la izquierda, triunfó Salvador Allende.

En Francia el gaullismo se salva únicamente por "la segunda vuelta", que en Chile la han rechazado siempre todos los partidos, aunque los expertos electorales y científicos políticos clamen por ella.

Sólo una vez se obtuvo en Chile el alineamiento bipartito, a la manera de las democracias sajonas, y fue en la última elección parlamentaria que afrontó y perdió el allendismo, pero eso no se obtuvo sin enormes resistencias y sin que el recurrente ante el Tribunal Calificador, en busca de la fórmula de las "Federaciones y Confederaciones de Partidos"—que ahora lo recuerda en estas líneas—no tuviera que demostrar en su alegato jurídico, en una dramática pizarra, con estadísticas de votaciones nacionales y extranjeras, una verdad fundamental: que la gran manera de entronizar legalmente al comunismo en un país, es provocando la división inconciliable a tres frentes de su electorado.

Los grandes estrategos de Moscú ya lo saben: en ese esquema los comunistas llevan todas las de ganar y los demócratacristianos o terceristas llevan todas las de perder, como lo demuestra la experiencia chilena y universal y como lo experimenta en carne propia la Italia moderna.

Sólo los países en que se afrontan las elecciones en un esquema bipartito, como entre los sajones pueden sentirse aliviados del espectro comunista hasta tornarse incomprensivos con la peligrosa estructura política que nos empeñamos, torpemente, en conservar los países latinos.

Entiéndase esto claro: a los estudiosos de los sistemas político-electorales no nos asusta que se tome por conspirativos un par de documentos que no lo son.

Pero nos causa pavor comprobar en ellos la unánime y obstinada adhesión al esquema electoral tripartito, que se busca reconstruir nuevamente "partiendo de la Democracia Cristiana" como lo propugnan expresamente Andrés Zaldívar y Tomás Reyes, en forma implícita.

Si el proyecto de democracia que nos ofrece y nos promete el PDC para un futuro posible se limita a pisar sobre las huellas de su camino anterior, muchos conocedores de estos problemas preferiríamos quedarnos sin elecciones todavía durante una muy "larga etapa", como la que proponía el Presidente del Senado, Eduardo Frei, en los finales de Allende y comienzos del actual Gobierno.

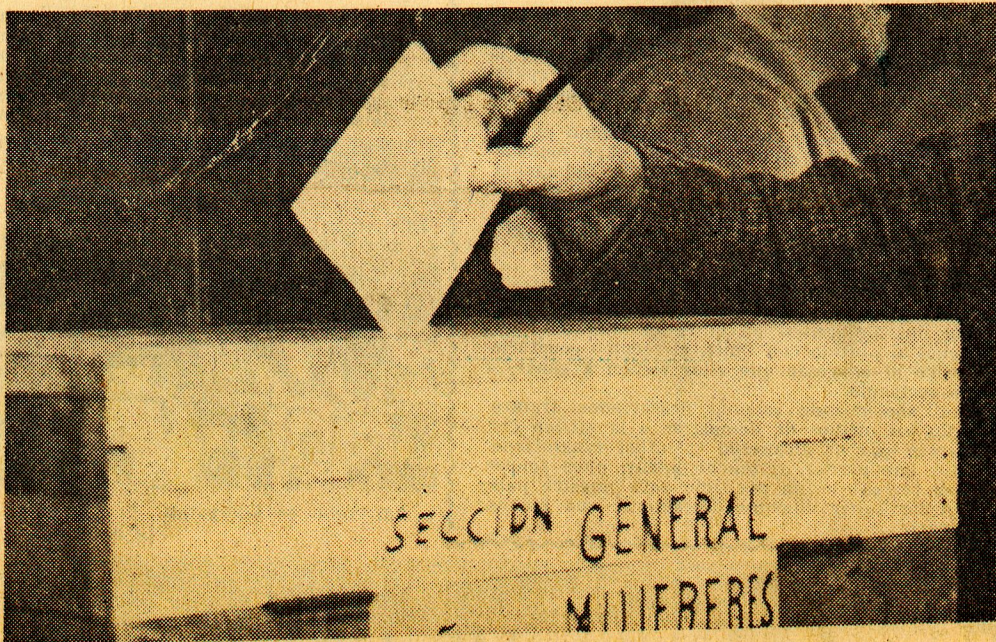
¿O habría algún chileno que quisiese movilizarse de nuevo a las urnas bajo el plan estratégico diseñado por los políticos Enrique Ortúzar y Benjamín Prado de "Alessandri mayoría absoluta" y "Tomic primero", respectivamente, con el riesgo de elegir un nuevo Allende con otros nombres y otros nombres?

Quiera Dios que la disolución de todos los partidos, incluyendo los culpables de los extremos a que Chile ha llegado, permita algún día, aunque lejano, una reagrupación política más sensata y más posible, desde que partiríamos de "cero".

Lo que hay que buscar en el futuro es un gran movimiento cívico en que los seguidores de Gabriel González Videla y de Edmundo Pérez Zujovic no necesiten traicionar a sus "partidos" para unirse contra la amenaza marxista.

A ambos personajes nombrados les está llegando su justificación histórica: al uno en vida y al otro, como Portales, después de muerto.

Volver al esquema tripartito y a la "tercera posición demócratacristiana" es volver a tejer la cuerda con que todas las democracias latinas del mundo se empeñan en ahorcarse.



Sólo en las últimas elecciones parlamentarias que perdió el allendismo, se logró en Chile el alineamiento bipartidista